

Historia cívica, participación ciudadana y núcleo urbano

Salvador Giner

RESUMEN

El peso de la historia determina intensamente el presente y el porvenir en las ciudades históricas monumentales. Esto es especialmente cierto en la Europa meridional. La prosperidad económica, política y cultural de estas ciudades depende en muy buena medida de su calidad de 'únicas' así como por la belleza acumulada y el prestigio –en algunos casos genuinamente carismático –Jerusalén, Roma, Córdoba, Florencia- que atesoran sus centros urbanos.

Ello tiene repercusiones considerables sobre la textura cívica, participativa (es decir, republicana) y económica de los moradores de estos 'barrios' que, en cierto sentido, *pierden el privilegio de serlo*. Se acumula sobre ellos una presión de atención política y económica gubernamental así como de la misma municipalidad, para quien el patrimonio histórico y monumental se convierte en *capital cultural* explotable económicamente. (Esa atención puede ampliarse a la de autoridades internacionales en caso de ciudades históricas como Ragusa en la costa dálmata, recién destruida por la guerra, Venecia –puesta regularmente en peligro por la marea alta- y demás centros, catalogados o no por la UNESCO.) A ese efecto se suma el de que en muchos lugares la inmigración laboral extranjera –ajena a toda tradición local- acuda al centro histórico y 'desvirtúe' su 'imagen'. Paradójicamente, también puede desvirtuarse –so pretexto paradójicamente de salvarlo- la gentilización de los barrios centrales, con sus desplazamientos de moradores tradicionales. Un tercer factor, sumamente preocupante, es la degradación y banalización turística en gran escala, así como la transformación del centro monumental en mero negocio. (La invasión por parte de las cadenas de tiendas franquiciadas, multinacionales, por ejemplo, niega la identidad intransferible de calles y barrios forjados por la tradición, los trabajos y los días de sus moradores.)

Todos estos factores, por sí solos, han sido estudiados con mayor o menor fortuna en trabajos económicos, comerciales, políticos, administrativos y también por parte de la sociología de la cultura. (La curiosidad de las actuales teorías de la mundialización por los efectos de la dinámica económica del presente se ha dirigido recientemente, con justificada intensidad, a los efectos que tiene sobre las ciudades (antiguas y modernas; también existe creciente literatura en sentido contrario, sobre la repercusión urbana sobre los procesos de mundialización.) Escasean en cambio los trabajos que hagan hincapié en los efectos de la 'monumentalización' del centro histórico sobre la actividad ciudadana, la naturaleza de su vida pública, su capacidad por mantener una identidad no folklorizada de barrio (*quartiere*,

baïro) así como la de intervenir en pie de igualdad en el resto del gobierno municipal y en la politeya en general. Su capacidad, en fin, de controlar sus vidas como comunidad local.

La intensidad de la 'turistización' del ámbito emblemático central de las ciudades y la voracidad con que se abaten sobre él toda suerte de fuerzas locales, regionales, nacionales y, en el caso europeo, de la propia Unión, no facilitan un análisis duradero de la sociología de la ciudadanía que en ellos mora. Más allá de las medidas inmediatas que cada autoridad pueda tomar para salvar la situación, opino que es necesario disponer de unas ideas bien claras sobre la necesaria *protección cívica* de esas zonas, y no sólo sobre restauración y fomento de la herencia cultural física, o su redefinición como lugares de cultura y ciencia -festivales, facultades universitarias- inspirados desde fuera. Para ello, paradójicamente, es menester poseer una teoría universalista de la ciudadanía, capaz de superar concepciones blandas del multiculturalismo. Estas últimas, al socaire de sus invocaciones rituales a la soberanía de lo étnico, pueden desvirtuar a la postre los ideales cívicos de la autonomía (compartida por todos los ciudadanos) y la fraternidad (solidaridad) y con ello fomentar de nuevo la formación del *ghetto*. (O folklorizarlo.) La formación de comunidades inmigrantes en los barrios centrales de varias urbes dotadas de los *ahora* llamados *centros históricos* puede ser contraproducente para ellas mismas. El espinoso asunto de la asimilación de la inmigración a la cultura política y jurídica del país se suele soslayar. (Aunque se invoque a menudo.) Sin una tal asimilación, empero, mal se entiende que se pueda mantener e incluso fomentar la participación de la ciudadanía en las zonas transformadas hoy en centros históricos. (Y algunas dependencias periféricas monumentales.) Naturalmente éste no es el único ni el principal problema. Casos como el de las hoy inexistentes juderías cordobesa y gerundense (sometidas a un proceso de banal idealización romántica) y su equiparación a rasgos propios de los parques temáticos son preocupantes desde una perspectiva muy distinta a la de la mera explotación económica, por vía del exotismo, de la historia humana a través del turismo masivo. Aparte del pequeño comercio local, los promotores y beneficiarios de la desvirtuación suelen hallarse a muchas leguas del lugar. Con ello la *democracia de proximidad*, se socava y hasta desaparece. La democracia local, por sí misma, no es garantía de la necesaria protección de los centros históricos que son patrimonio de la nación (y de la humanidad) de modo que deben establecerse los necesarios equilibrios jurídicos y políticos para evitar desaguisados y destrucciones irreparables, al tiempo que se enaltece y salva el núcleo monumental. Y no olvidemos que la urdimbre civil, las gentes, que en él moran son parte esencial de ese núcleo. Los ciudadanos no son adornos.